

tranquila que nunca, tanto que por la tarde el viento ni siquiera apagó la luz en la mano del muezín colocado en lo último de un minarete, y no sopló en todo el año lo suficiente para aventar el trigo. El malhadado profeta, viéndose blanco de las burlas, compuso una casida que empezaba de este modo: « ¡Ay! ¡Ay, musulmanes! ¡cuán engañoso es el cielo! ¡Perezca la hipocresía de Mercurio, la tiranía de la Luna, la perfidia de Júpiter! » ¡Tan propio es de la naturaleza del hombre, en general, obstinarse en no querer reconocer sus faltas!

Saadi fué también persa (1175-1291). Nació en Schiraz, capital del Farsistan: y « arrojado de su patria por la crueldad de los Turcos, viendo el universo desmelenado como la cabellera de un Etiope.... viajó mucho por los diferentes países, viviendo con toda clase de personas; y no hubo ángulo de la tierra de donde dejase de sacar algún provecho, ni mies de la cual no supiese coger una espiga. » Catorce veces fué en peregrinación a la Mecca, recorrió el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Arabia, y emprendió cuatro viajes a la India, en cuya lengua escribió poesías. « Cansado de la compañía de mis amigos de Damasco (dice), me retiré al desierto de Jerusalem para buscar la sociedad de los animales; pero los Francos me hicieron prisionero y me emplearon en cavar los fosos de Trípoli (en Siria), en unión de algunos Judíos. Un antiguo amigo mío, que ocupaba un alto puesto en Alepo, me reconoció al pasar, y me preguntó acerca de mi existencia. Yo le respondí que me había retirado a las montañas y a los desiertos para huir de los hombres, convencido de que solo en Dios puede tenerse confianza; y que imaginase cuál debía ser mi situación, viéndome obligado a permanecer en la compañía de una banda de seres, indignos hasta de llamarse hombres. Mi amigo se compadeció de mi suerte, me rescató y me llevó consigo a Alepo. » Después vió los males que la devoción del musulmán Mahmud acarrearía a los pagodas indios.

CAPÍTULO XXIV

Historia. — Elocuencia.

Los historiadores, ó para expresarnos mejor, los cronistas árabes, no hacen generalmente mas que copiarse uno á otro, sin haber visto, comprendido ni osado decir la verdad. Se distingue entre ellos Mohammed, hijo de Ahmed de Nessa, que escribió las hazañas de Gelaeddin, de quien era secretario, y á cuyo lado estaba la noche en que este príncipe, acometido por los Mogoles, pereció. Disgustado con la pérdida de su bienhechor, quiso á lo ménos conservar su memoria transmitiendo á la posteridad sucesos de que había sido testigo.

Los vencedores de Gelaeddin hallaron un panegirista en Aladdin Atta Mulk, que escribió

la historia del conquistador del mundo, y que pudiera dar lecciones á algunos retóricos europeos en cuanto á la manera que tiene de alabar la dultura de los Mogoles, y de hacer ver la utilidad de sus devastaciones. « Los males y los bienes acaecen en este mundo por la voluntad de Dios, cuyos decretos son dictados por una profunda sabiduría y una justicia exacta. Las mayores calamidades, la dispersion de los pueblos, la desventura de los buenos, el triunfo de los malvados, son cosas indispensables, á juicio de esta divina Sabiduría, cuyas vías misteriosas exceden á la capacidad del entendimiento humano; si bien podemos observar lo que cada uno de nosotros tiene á la vista, esto es, cómo, después de seis siglos, las conquistas de un pueblo extranjero han realizado la vision en que fué revelado á nuestro Profeta que su fe tocaría á los confines del Poniente y del Levante. La Providencia se valió de la invasion de un ejército extranjero para exaltar el Corán y hacer resplandecer el sol de la fe en comarcas donde aun no había llegado el perfume del islamismo, ni había deleitado los oídos el son del *tekbir* y del *ezann*. Ahora aquellas regiones orientales están ocupadas por multitud de creyentes; y unos fueron conducidos en calidad de esclavos á la Transoxiana y al Corasan para servir de artesanos y pastores, otros han sido trasladados allí á petición suya, habiendo ido otros á traficar al Occidente, se establecieron en aquellos países, edificando mezquitas y colegios enfrente de los templos de los ídolos: niños arrebatados á los paganos han sido educados en el islamismo; muchos idólatras se han convertido; muchos príncipes de la casa de Gengis-Kan han abrazado nuestra religión, imitándoles los vasallos y los guerreros. »

Tan cierto es que todas las cosas humanas pueden considerarse bajo dos aspectos. Prosigue celebrando la tolerancia religiosa de los Mogoles, la exención que concedieron á los ministros de todos los cultos y á los bienes eclesiásticos, y exhorta á guardarles fidelidad, por haber dicho el Profeta: « Guardaos de provocar á los Turcos, pues son formidables. »

Añade que entre las plagas con que Dios castiga á los hombres, Mahoma impetró que ninguna alcanzara á los musulmanes, á excepción de la de la espada. « Y á la verdad, sin este castigo, sería imposible remediar los desórdenes mas graves: el corto número de los buenos gemiría bajo la opresión de los muchos malos: de ahí esta excepción y bondad de Dios. Al principio del siglo VII, estando el pueblo de Mahoma corrompido por la exuberancia de los bienes temporales, Dios, para castigar su negligencia y dar una terrible lección á las generaciones venideras y nuevo esplendor al islamismo, armó el brazo de un vengador; pero no tardó en mostrar su clemencia, como un buen médico que emplea

los remedios según el temperamento del enfermo. »

Ciertamente, su adulación es desmentida pronto por los mismos hechos que narra, si se sabe consultarlos. Al referir cómo se sometió á este arduo trabajo de la historia, reconoce que las dificultades crecieron por haber perecido en el Corasan los que cultivaban las letras. « El Corasan era el trono de las doctrinas, el punto de reunión de los doctores, según aquellas palabras del Profeta: « La ciencia es un árbol que tiene sus raíces en la Mecca y produce sus frutos en el Corasan. » Todos los letrados sucumbieron al filo de la espada, y los hombres abyectos que ocuparon su lugar no se ocupan mas que en estudiar y en escribir la lengua uigura; los empleos y hasta las dignidades mas altas están ocupados por la hez del pueblo, se han enriquecido muchos mendigos; todo bandolero ha llegado á ser emir ó visir; todo temerario ha adquirido poder; todo el que lleva turbante de doctor se cree doctor, y el plebeyo está por encima del grande. En este tiempo, que carece de ciencia y de virtud, y en que abundan la ignorancia y la corrupción, goza de crédito el que es malo; juzgado, pues, los estímulos que obtendrán las ciencias y las letras. »

La obra de Atta-Mulk, que alcanza solo al año de 1257, fué continuada hasta 1327 por Abdallah, llamado Vassas el-Azret, esto es, el panegirista de su majestad, título que le confirió el sultan Olgetu, por haberle leído una oda suya, con las explicaciones requeridas. Confiesa abiertamente que se había propuesto como fin lo bello mas bien que lo verdadero, lo cual se obstinan también en hacer entre nosotros algunos historiadores. « He procurado que este libro ofrezca una colección de bellezas literarias, de modelos en toda clase de elocuencia, figuras retóricas de toda especie, á fin de que los letrados se vean obligados á convenir en que, por lo que respecta á la elección de las expresiones, á la elegancia de las frases, á la oportunidad de las citas, á las galas del estilo, ningún autor, sea árabe ó persa, me aventaja. »

El mismo sultan Olgetu favoreció á Fazel Allah Raschid, y le alentó á escribir una historia universal. « Atendido que los historiadores, hablando en general, no fueron testigos de los hechos que refieren, y que el que trata de acontecimientos contemporáneos, debe atenerse á relatos que varían de un día á otro, no puede ser fiel la historia de tantas naciones y de tiempos tan remotos, hallándose los mismos hechos expuestos de una manera distinta, ora porque engañan al autor las fuentes en que bebe, ora porque de propósito exagera algunos hechos y omite otros, ora porque sin querer faltar á la verdad, se expresa con inexactitud. De consiguiente, el que pretendiese ser verídico en un todo, se vería en la imposibilidad de escribir cosa al-

guna, y de esta suerte los hechos caerían en el olvido. Es por tanto deber del historiador sacar los sucesos de cada nación de los anales que gozan de mas fama, y consultar á los que mas saben. » La reflexión es verdadera, y la regla excelente. Raschid, como gran visir de Persia, pudo conocer perfectamente los acontecimientos: el mismo sultan revisó y aprobó su obra y la favoreció, pero al cabo le mandó serrar por la mitad del cuerpo (1). Quizá se atrevió á decirle la verdad.

Abul Farax ó Bar el Judío, hijo de un médico de Melitene, que abrazó el estado eclesiástico, fué nombrado por el patriarca jacobita, obispo de Góbos, después de Lacabene y de Alepo, y últimamente desempeñó el puesto de primado de los Jacobitas: escribió sobre teología, metafísica, lógica, dialéctica, economía y otras ciencias, y una crónica universal hasta el año de 1286, bastante árida y de poco provecho, á no ser en la parte que habla de los Cristianos en Oriente.

El Árabe Ebn Kaldun, que nació en Túnez en 1332 y murió en 1406, esparce luz en los acontecimientos de aquel tiempo, aunque pertenece á época posterior. Vivió muchos años en España, en la corte del rey de Granada, donde era su oficio escribir en los documentos del gobierno la divisa del príncipe: *Loado sea Dios, gracias sean dadas á Dios*. Luego pasó á Oriente y enseñó en el Cáiro, respetado por Tamerlan y perseguido por los envidiosos. Su obra principal es el *Libro de los ejemplos instructivos*; y *Colección del sujeto y del atributo concernientes á la historia de los Árabes, Persas, Bereberes, y á las naciones que habitaron con ellos la tierra*. Consta de cuatro partes, de las cuales la primera forma un tratado distinto; la segunda es un cuadro del mundo antiguo y principalmente de la Arabia, antes de Mahoma; la tercera comprende el establecimiento de los Árabes en África y en España, y las vicisitudes de las tribus berberiscas hasta el siglo XIV; y por último, la cuarta ofrece el cuadro de las muchas dinastías musulmanas esparcidas por todo el mundo. Este libro proporcionó preciosas noticias acerca de la historia de los Orientales, pues no la conocíamos sino por lo que nos decían autores cristianos, imperfectamente y sin pormenores.

En Europa, merced á las Cruzadas, tomó la historia un tono mas elevado, y prescindió de bagatelas para referir las expediciones comunes á la Cristiandad ó las vicisitudes de las repúblicas, en libros escritos en los campos ó en los consejos, con lenguaje diferente del usado por los autores eclesiásticos. Todos los cronistas se remontan á Adán, como hacían los oradores de la Asamblea Constituyente, sin crítica ninguna en su tarea; pero cuando van aproximándose á su época, aparecen llenos de encanto respecto del estilo, y no ménos precio-

(1) D'Hosson, *Hist. des Mongols*.

» sos en cuanto á las cosas : ademas, siendo aun los libros una confianza de familia como actualmente las cartas, poseen aquella sencillez que luego desapareció con los procedimientos del arte.

Sigeberto, monje de Gembloux, continuó la crónica de Eusebio hasta el año de 1112 en que murió; rico en conocimientos y escaso de crítica, cita á ciento sesenta y un escritores eclesiásticos contemporáneos. El Inglés Orderico Vital, monje de San Evroul (1075), empieza la historia eclesiástica desde la creación; pero pasa con rapidez á la de Francia, y en especial á la de los Normandos, cuyas expediciones refiere. Rivaliza con Gregorio de Tours en el modo de poner en relieve las costumbres de los tiempos. Guiberto, abad de Nogent (1124), al hacernos la relación de su vida, nos introduce en los casos domésticos, en las creencias y pasiones de su siglo. El abad Suger (1152), en su vida de Luis el Gordo, suministra abundantes datos sobre la sociedad francesa y el gobierno que aquel príncipe dirigió tan perfectamente, y sobre la activa lucha entre la monarquía naciente y los poderosos señores feudales.

Mateo Paris, monje cluniacense de San Albano (1259), poeta, orador, teólogo, con algunos conocimientos en pintura, arquitectura y mecánica, fué enviado desde Roma á Noruega para reformar varios monasterios. Su *Historia major Angliæ*, que le coloca al frente de los historiadores ingleses, agradó por el sentimiento nacional que acredita de continuo; pero le extravía su excesiva parcialidad hacia Enrique III, á quien la dedicó, su manía de denigrarlo todo y su rencor contra los papas, que le hace convertir la historia en novela ó en diatriba. Á pesar de tener á la mano excelentes materiales, comete errores tan groseros y dice mentiras tan claras que no se puede confiar en él, á no ser que le apoye algun autor contemporáneo.

Martin Polaco, monje dominico, que murió en Bolonia cuando iba de arzobispo á Guesne (1278), dispuso por alfabeto las materias del *Decreto* de Graciano, por lo que se apellidó la Perla del decreto; y escribió una crónica « para teólogos y jurisconsultos, á fin de que supiesen lo necesario sobre la época de los papas y de los emperadores; » para cuyo servicio dispuso por un lado á los pontífices desde San Pedro hasta Nicolas III, y por otro á los emperadores desde Augusto hasta Rodolfo I, indicando los años al margen.

Las vidas de los papas que corren con el nombre de Anastasio el Bibliotecario, interrumpidas en 889, fueron principiadas de nuevo en 1050 por el cardenal de Aragon. En medio de otras mas ó ménos importantes, la de Alejandro III ofrece una pintura real y verdadera del tiempo de la liga lombarda.

Á fines del siglo XI, el monje Gregorio redactó, teniendo á la vista los diplomas perte-

necientes al monasterio de Farfa, la crónica de este convento; ejemplo nuevo, que fué imitado en otros monasterios, excediendo á todos el insigne del Monte Casino, cuyas vicisitudes trazó el abad Oderisio hasta Victor III, continuando despues otros la misma tarea.

Ya la importancia de las cosas expuestas daba realce á la historia, que asociándose con la política, instruye y atrae por el conocimiento profundo y la estimación sutil de los acontecimientos, por las particularidades características, y por ese movimiento que nace de los sentimientos verdaderos.

Puede decirse que todas las ciudades tenían entonces su cronista. Arnulfo y Landulfo el Viejo, que vivían poco despues del año 1000, fueron los primeros autores legos que acometieron la empresa de escribir una historia civil; y aunque inexactos, agrada encontrar en su relato el origen de las contiendas entre nobles y plebeyos, entre legos y seculares, que cambiaron no solo la constitución civil, sino tambien la social. Para los tiempos de Federico Barbaroja conviene consultar como correctivo del espíritu republicano que domina en el Milanes Raul ó Rodolfo (*De gestis Frederici*) las propensiones imperiales de Oton Morena (*Rerum Laudensium*), magistrado de Lodi: ambos son inferiores á Oton y á Radevicó de Frisinga, que escribieron, el uno como continuador del otro, los hechos de que habian sido testigos.

Galvano Fiamma (*Manipulus Florum*), que llenó de bagatelas la historia antigua de Milan, aparece mejor cuando se acerca á su siglo. Fray Estefenardo de Vimercate expuso en los mejores versos de su tiempo los acontecimientos milaneses desde 1262 hasta 1295. Gerardo Mauricio escribió los hechos de Eccelino (1237), cuando no habia emprendido aún la carrera de sus maldades; por cuanto se muestra tan parcial hacia él como acérrimo enemigo Rolandino en la historia de Padua, que leyó ante los profesores y alumnos de aquella universidad, los cuales la aprobaron, ó al ménos la aplaudieron.

En el reino de Sicilia, despues de Gaufrido Malaterra y Guillermo de Pulla, se presenta Hugo Falcando, apellidado el Tácito siciliano; en efecto, á veces emplea los colores del analista de Tiberio para retratar la corte de Guillermo el Malo. Enérgico y elegante, sensato en sus observaciones, prevé las desgracias que padecería la Sicilia pasando á la dominación de los Alemanes: « bárbara raza (dice) arrastrada » de su ímpetu á cercenar por medio del terror, de la matanza, de la rapiña, de la lujuria, y á esclavizar á aquellos nobles Corintios » que establecieron antiguamente su morada » en Sicilia, inútilmente bella con tantos filó » sofos y poetas, y para la cual hubiera valido » mas el yugo de los antiguos tiranos. ¡Ay de » ti, Aretusa, condenada á tan gran miseria, y » que en lugar de los versos de los poetas que

» solias modular, oyes ahora los litigios de los » ebrios Alemanes, y te ves sometida á sus » infamias! (1) »

Godofredo de Viterbo escribía un *Panteon* que comprende desde el principio del mundo hasta el matrimonio de Constanza, y dice « haber examinado durante cuatro años aquende » y allende los mares todas las bibliotecas la- » tinas, bárbaras, griegas, judáicas y caldeas. » Ricardo de San German, notario, testigo ocular y sincero, aunque gibelino, describe los tiempos de Federico II. Nicolas de Jamsilla continúa desde la muerte de este príncipe hasta la coronación de Manfredó con parcialidad, pero tan ingenua que le concilia el afecto del lector. Mateo Spinello de Giovenazzo, el historiador mas antiguo que haya escrito en lengua italiana, ha dejado un diario que comprende desde 1247 hasta la batalla de Tagliacozzo en 1268, donde murió. Sábás Malaspina, el anónimo de Salerno, Alejandro de Telesa, Falcando de Benavento, historiadores del reino, aventajan á los del resto de Italia.

En Génova se presentaba anualmente á los cónsules en pleno consejo la crónica de los sucesos de aquel año, y una vez aprobada se depositaba en los archivos. De allí tomó Caf-faro, que habia tenido el mando de las escuadras de su patria, los datos para escribir su historia hasta el año 1101, prosiguiéndola luego hasta su muerte, acaecida en 1163, despues fué continuada en virtud de un decreto público por otros personajes ilustres y consulares. Marin de Marino, Jacobo Doria y Enrique Guasco, marques de Gavi, alcanzan desde 1000 á 1294. Hay un intervalo de cuatro años, pasado el cual otros escritores, pertenecientes á las familias Stella y Senarega, siguen hasta 1514, sucediéndoles Felipe Casoni, que llega al año 1700. Tales son las fuentes de la historia de Génova, serie parcial, pero preciosísima de autores contemporáneos, que solo aquella ciudad puede vanagloriarse de poseer.

Venecia se enorgullece de contar entre sus hijos á Andres Dandolo, instruido en la legislación y en las bellas letras, lleno de decoro, de gravedad, de amor patrio y de prudencia, como corresponde al jefe de una gran república, escribió en latin una historia de su país, desde la era vulgar hasta 1342, con mas imparcialidad de la que podia esperarse de un noble y de un republicano.

Entre los muchos que escribieron la historia de las Cruzadas, ninguno se elevó á la altura del asunto. Jacobo Bongars formó la colección de ellas (*Gesta Dei per Francos*), y José Michaud las ha compendiado y juzgado. Agradan, siempre que refieren lo que han visto. Guillermo, arzobispo de Tiro, natural de Palestina, pariente del rey de Jerusalem, y partcipe de las vicisitudes de aquel país, pudo trazar la mejor narración de ellas hasta el año de 1183 (*Historia*

belli sacri) dando vida á su relato, merced á su conocimiento del terreno, y hermozeando el estilo con reminiscencias clásicas. Jacobo de Vitry, párroco de Argenteuil cerca de Paris, luego canónigo y párroco de Lieja, predicó contra los albigenses: promovido despues al obispado de Acre, de allí al de Túsculo y nombrado por último cardenal, lejos de adormecerse en la púrpura, dió en tres libros una rápida *Historia de Jerusalem*, que alcanza hasta la toma de Damietta, con útiles noticias acerca de aquellas comarcas y costumbres.

Godofredo Villehardouin y Juan Joinville escribieron en frances. Ya hemos hablado de ellos: el primero asistió á la toma de Constantinopla, y aunque tal vez no supiese escribir, agrada por aquel lenguaje sincero é ingenuo de un caballero dedicado enteramente á las armas, famoso por sus proezas, y sin embargo capaz de admirar la civilización que destruía. Su estilo es preciso, sin traspasar los límites del buen gusto, porque no aspira á innovar. Es exacto en los pormenores, vivo y verdadero en las descripciones, como acontece al que pinta lo que ha visto; de suerte que su prosa, sencilla y pintoresca, llega á ser á veces grandiosa y épica (1). ¡Cuán superior no aparece su mérito comparándole con el griego Nicéas, que refiere tambien la toma de Constantiupla, pero con una pedantería eterna, despreciando á los Francos porque son iliteratos, y lastimándose de las obras maestras de las artes con tanto fervor como de la suerte de la patria!

Villehardouin es mas histórico, Joinville mas subjetivo. Este, compañero de armas de San Luis, ingenuo, leal, reuniendo la sencillez de la época á la vivacidad de su nación, sabe lo que narra, y narra todo lo que sabe, con poco orden y ningun arte, sin indagar las causas, sin discutir los medios, pero apasionándose de cuanto encuentra bueno, grande, religioso, en los personajes á cuyo lado figura. Mas caballero que escritor, amante de Dios, del rey, de la patria, de su castillo, de sus compañeros, ofrece en su persona un vivo retrato de los guerreros de entonces, y cuando se lee, parece que vive uno en aquellos tiempos, y en medio de aquellas expediciones, en que las costumbres eran ya ménos enérgicas y mas amables, y la caballería se habia despojado de su primitiva rudeza. Su fortuna fué tener que retratar á un héroe tan amado como San Luis, cuyas conversaciones con él, ingenuas y á veces hasta pueriles, hacen resaltar el contraste entre el noble, bueno y franco, pero mundano, y el piadoso rey que de nada duda; almas cándidas, dotadas con exceso de un sano juicio que suple por tantas otras cualidades.

Pasando de Villehardouin á Joinville, se conoce el progreso de la lengua francesa, que ya en el último ha abandonado las sílabas sonoras,

(1) El manuscrito de la obra de Villehardouin fué descubierto en los Países Bajos por Francisco Contarini en 1573.

(4) *Hist. Sic. Rer. Ital. Script.* VII.

resto de la latinidad, y adoptado la frase y los enlaces que despues ha conservado. En estos dos autores principia la riqueza mas peculiar de la literatura francesa, esto es, la de las *Memorias*, particularidades históricas de algunos hombres, contadas por ellos mismos ó por los que vivieron en su compañía, y que requieren un ingenio reflexivo, pronto y amoldado á la sociedad.

Aumentóse entónces tambien la cosecha de las anécdotas sagradas y de los milagros, ora falsos, ora alterados; especialmente sobre la Pasión de Cristo, se inventaron mil paparruchas para señalar con prodigios hasta el mas mínimo trozo de tierra de la Palestina, y presentar como maravillosa cualquier bagatela traída de allí. Jacobo de Varagine (*Leyenda dorada*) fué el primero, despues de los antiguos biógrafos de los ermitaños, que formó colecciones de vidas de Santos, llenas de fabulas (1). Las de fray Pedro Calo de Chioggia tienen ménos mala reputación; pero entre el farrago indigesto y extravagante de las vidas publicadas entónces, los protestantes metieron gran ruido con el *Liber conformitatum Sancti Francisci cum Domino nostro Jesu Christo*, obra de una pueril sencillez. Bartolomé de Luca, obispo de Torcello y amigo de Tomas de Aquino, escribió una historia eclesiástica hasta el año 1313, copiando todo lo que encontró, si bien conservándonos noticias importantes.

Estuvieron igualmente en uso bibliotecas, tesoros, espejos, ó con otro nombre enciclopedias de todo lo que sabia un autor, y que eran de suma utilidad en medio de aquella escasez de libros. La biblioteca de Stuttgart posee el *Jardín de delicias* de sor Errada de Landsberg, superiora del monasterio de Santa Odila en Alsacia en el siglo XII; son extractos de los Santos Padres y de los escritores eclesiásticos con muchas pinturas históricas ó alegóricas, que demuestran que habia leído lo mejor que existia en esta materia, y hasta obras de astronomía y geografía, sin exceptuar á los cronologistas y agrónomos. El *Catholicon*, ó suma universal, del Genoves Juan Balbi es una tabla alfabética y razonada de cuanto sabian entónces los Europeos, y *valet ad omnes fere scientias*, si hemos de creer al autor. Ya hemos hablado del tesoro de maese Brunetto; Vicente de Beauvais, lector y confesor de Luis IX, fué encargado por este príncipe de reunir una biblioteca palatina, y de extractar luego lo mejor de ella; en consecuencia, formó el *Speculum naturale* sobre la creacion y las maravillas de la naturaleza, añadiendo la cronología y la geografía; el *Speculum doctrinale*, compendio de teología, filosofía y otras ciencias, y teoría de las artes; y por último, el *Speculum historiale* que se compone todo de relaciones.

Pareceria que la elocuencia debió tomar in-

(1) Spotorno lo defiende, haciendo ver que los pasajes insertos han sido interpolados.

cremento en medio de los intereses públicos, pero este gran síntoma del desarrollo de una nación, el poder político de la palabra, el talento aplicado á gobernar á los pueblos, no á distraer los ánimos, permaneció lleno de trabas, á causa de la inexperiencia de las lenguas. El corto número de discursos que insertan los historiadores, no tienen apariencia de autenticidad; sin embargo, sabemos que los oradores, siguiendo los hábitos escolásticos, se apoyaban tambien en un texto á menudo vulgar, sobre el cual discurrían sin arte. Farinata de los Uberti, cuando despues de la batalla de Arbia se levantó para defender abiertamente á Florencia que los demas querian destruir, tomó por texto dos proverbios vulgares: *El asno hace las cosas como sabe: La cabra coja se escapa, si el lobo no la atrapa*. San Francisco, predicando en Montefeltro, escogió por tema otro adagio vulgar: *Tanto es el bien que espero, que me deleita hasta el dolor mas fiero*.

Aquellos mismos predicadores que arrastraban en pos de sí á la muchedumbre, que la empujaban á la guerra, y lo que es mas admirable á la paz, se presentan á nuestros ojos, á excepcion de San Bernardo, en quien resplandecen rasgos de una sentida elocuencia, como hombres incultos, amontonando sutilezas escolásticas ó aspiraciones místicas, todo mezclado de textos de la Escritura y de alusiones forzadas, dividido y subdividido á estilo de los retóricos sin la menor sombra de genio, y escásimo en sentimientos (1). Agréguese á esto, que predicaban probablemente en latin rústico, y en medio de tan inmensa muchedumbre, que muy pocas personas podian oírlos, y mucho ménos comprenderlos, de suerte que los cronistas han recurrido al milagro, atribuyendo aquella portentosa eficacia á la idea de su santidad, y á la persuasión con que hablaban y que se transmitia fácilmente al auditorio. ¿No hemos visto en nuestros días al orador que mas agitaba las cámaras y los *meetings* de Inglaterra (2), mostrarse no el mas culto, sino el mas ardiente, empleando un estilo lleno de figuras, mezcla poética y burlesca, de cólera y de bondad, de rusticidad y de gracia, de ironía y de amor?

Entre los buenos predicadores de los primeros tiempos, se cita á Wederico, monje de Bladimberg, el cual predicó en Flandes y en el

(1) San Antonio en el *Sermon de las bodas de Caná*, se expresa de este modo: «Aquí hay que observar cuatro cosas; primeramente la alegría, la unión nupcial y la circunstancia del sitio; en segundo lugar, la intervencion de la Virgen; en tercero, el poder de Jesucristo; por último, su magnificencia. En lo concerniente al primer punto, Caná significa *celo* y Galilea *pasaje*; se verifica un matrimonio entre el Espíritu Santo y el alma penitente por la mediación del celo y el amor del pasaje; así se dice que Ruth pasó desde el país de Moab á Belén, donde se casó con Booz. Ruth significa *vidente* ó *diligente*, ó que se desmaya; y expresa el alma penitente, que al ver sus pecados, se apresura con la contrición á purificarse en la fuente de la confesion, y cae desvanecida, perdiendo su fuerza en la satisfacción.» Todo lo demas es por el mismo estilo.

(2) O'Connell.

Brabante con tanto éxito, que á su voz seis señores feudales, terror de la comarca, depusieron las armas para fundar una abadía. Hugo de Grenoble mereció el título de *Pradicator egregius*. — Rodolfo Arden dejó muchos discursos, algunos de ellos no desprovistos de elocuencia, y sobre esta última, dió buenos preceptos Guiberto de Nogent.

CAPÍTULO XX

Bellas artes.

Siendo lo bello la manifestacion de la verdad, de la idea, el hombre goza de su percepcion ántes que de la de lo puramente verdadero. El arte, cuyo objeto es revelar lo bello por medio del fenómeno, implica necesariamente la inteligencia, de donde resulta, que de los progresos de esta dependen los suyos, pues la ciencia consiste en conocer y comprender la otra divina; y el arte en reproducirla bajo condiciones sensibles y materiales, proponiéndose la perfeccion del ser, cuyos progresos manifiesta.

Habiendo salido de su letargo los ingenios por el impulso de tantas circunstancias favorables, las bellas artes participaron de aquel movimiento: ya hemos visto á fines del siglo precedente multiplicarse los edificios, en el que ahora nos ocupa, su construccion se hizo con arreglo á un nuevo sistema (1). Los monumen-

(1) Los Ingleses han estudiado especialmente esta parte; y despues de que Langlay, publicando en 1742 una serie de adornos y pormenores, mostró que la arquitectura gótica merecia la atencion de los artistas, llegó á excitaria poderosamente J. Bentham con la historia de la catedral de Ely (1771). En nuestro siglo se han publicado obras mas importantes. El tomo cuarto de los *Monumenta antiqua* (1804) de King versa todo sobre la arquitectura religiosa de la edad média; y sobre la militar, religiosa y civil, ha escrito otro mas breve, si bien ménos sistemático, J. Dallaway. El *Tratado de la arquitectura eclesiástica en Inglaterra* de Milner ofrece mucha erudicion y método; pero pretende sostener que el arco agudo nació en Inglaterra. En 1813 Sidney Hawking publicó la historia del origen y establecimiento de la arquitectura gótica y de la pintura en vidrio. Las obras diversas de Britton (*Architectural antiquities of Great Britain—Chronical and historical illustrations of the ancient ecclesiastical architecture of Great Britain*) unen á la riqueza y exactitud de los dibujos obras excelentes; como las de su colaborador Pugin (*Specimens of gothic architecture, selected from various ancient edifices in England*). Wittington buscó el origen del estilo gótico en Francia ó Italia, y dió á los monumentos franceses la preferencia sobre los ingleses: el mismo dictámen siguió Haggit, negando que aquel estilo trajese su origen de Oriente. Willis (*Remarks on the architecture of the middle ages, especially of Italy*) analiza los principales monumentos italianos, con elevadas consideraciones. Wewel (*Architectural notes of german churches, etc.* Cambridge, 1835) dedicó mas propiamente su atencion á los monumentos del Rhin. Gally Knight se aprovechó de los trabajos de todos estos, y los sobrepujó. J. Coney publicó en Lóndres en 1839 la *Arquitectura religiosa*, ó serie de grabados que representan las principales catedrales góticas.

Entre los Franceses pasarémos en silencio las anteriores tentativas para mencionar á Seroux d'Agincourt, sobre cuya obra hemos emitido ya nuestro juicio. En Normandía, que suministra los modelos mas hermosos de este género, hubo muchas personas que se dedicaron á tales investigaciones, y en 1824 se instituyó allí una sociedad de anticuarios, la cual contribuyó no poco á ensanchar y esclarecer semejante cuestion. Ademas, puede decirse que ninguna de sus catedrales antiguas carece de historia. Nos parecen dignos de particular

tos son la escritura de los pueblos: así, cambiar de forma en la arquitectura, significa tanto como cambiar de civilizacion, y si á aquella le falta originalidad, es señal evidente de que tampoco la hay en las ideas del tiempo.

Lo que hemos dicho acerca de los siglos precedentes, nos dispensa de demostrar que los Godos no introdujeron ninguna especie de arquitectura, y que por consiguiente es impropia la denominacion que se ha dado al órden que tiene por carácter el arco agudo, ó mas bien el conjunto piramidal de todo el edificio. Me expreso de esta manera, porque existen en Italia y se encuentran tambien entre los Bizantinos arcos agudos en construccion de otro carácter, y modeladas segun la basílica de la baja edad romana: aun puede decirse que este género predominó en Italia, donde la verdadera forma gótica no se adoptó hasta mas adelante cuando se preferia ya á la majestad del plano la variedad de los pormenores, como es fácil de ver en San Andres de Vercelli, en San Petronio de Bolonia, y en la catedral de Milan. Algun autor ha imaginado con tal motivo llamar lombarda á esta arquitectura, oriunda de la romano-bizantina (1), la cual se conformó con el gusto de los pueblos entre quienes fué puesta en práctica, pudiendo designarse como sus modelos á San Ambrosio de Milan, las catedrales de Módena, de Plasencia, de Verona, de Pisa, de Borgo San Donnino de Terracina, el San Miguel de Pavía y la Santa Fosca de Torcello.

Lisonjearia la vanidad nacional de los Italianos el ver en la arquitectura gótica una perfeccion ó una variedad de la arquitectura lombarda aplicada para sostener el peso de la nieve en los países septentrionales; pero la historia no suministra datos que lo comprueben, si bien son pocos los que proporciona acerca de este órden, que así como fué llamado por los Franceses lombardo, debió á los Ingleses el nombre de sajón, y mejor el de normando, porque de Normandía

elogio un *Essai sur la description du temple du Saint-Graal* (Munich, 1834), y la *Histoire et description de la cathédrale de Cologne, accompagnée de recherches sur l'architecture des anciennes cathédrales* (Paris, 1823), de Sulpicio Boiserrée; como asimismo la descripción de la de Estrasburgo por Schweighäuser, las de las catedrales de Chârtres, Reims y Paris por Gilbert; las de las de Ruan, Amiens y Dijon por Jolimond, etc. Véase tambien á TH. HOPPE, *Historia de la arquitectura*.

FELIBIEN, *Vie des architectes*.
AMAURY DUVAL, *Essai sur l'état des beaux-arts au XIII^e siècle*.

CAUMONT, *Hist. sommaire de l'architecture religieuse, civile et militaire au moyen âge*. Caen, 1837.

Le moyen âge monumental et archéologique, ou vues des édifices les plus remarquables de cette époque en Europe; avec un texte explicatif, et d'après les dessins de M. CHAPUY. Paris, 1840 y siguiente.

DANIEL RAMÉE, *Manuel de l'hist. générale de l'architecture*, tomo II, da el prospecto de las varias opiniones sobre el origen del órden gótico.

(1) Llamo romano-bizantina aquella arquitectura conforme á la cual están fabricadas en Roma las iglesias de San Clemente, Santa Ines extramuros, San Estéban el Redondo, el baptisterio de Constantino, Santa Constanza, Santa Maria de Transtevere, y San Estéban en Bolonia, la antigua catedral de Brescia, etc. Tal sería tambien el baptisterio del siglo VIII en Santa Maria la Mayor, cerca de Aversa, con sus columnas de granito antiguo, dispuestas, segun el radio, como en Santa Constanza.